



Leopardi, Giacomo, *Opúsculos morales*, traducción, introducción y notas de Alejandro Patat, Buenos Aires, Colihue, 2015, 294 pp.

1. Con esta edición de las *Operette morali* de Leopardi, nos encontramos ante un perfecto ejemplo de lo que en el mundo editorial se llama “alta divulgación”, que presupone –y al tiempo contribuye a formar– un público, no especialista pero sí culto, formado, curioso y entendido, capaz de apreciar una prosa diferente a la cada vez más plana y taquigráfica prosa actual. Para ello, la edición cuenta con una serie de elementos de mediación cultural que facilitan el acceso a una obra que en algunos aspectos podría resultar lejana y difícil al lector. Estos son, en primer lugar, obviamente, la traducción; después una introducción de 58 páginas que incluye una cronología de Leopardi, bibliografía (con ediciones crítico-filológicas, ediciones comentadas, biografías, bibliografía general, repertorios), nota sobre la traducción en la que se enumeran las ediciones en lengua española precedentes y las obras fundamentales para la difusión, recepción, traducción y crítica de Leopardi en España; y, por último, un completo aparato de notas explicativas que en ningún caso entorpecen la lectura con digresiones eruditas o datos excesivos sino que, por el contrario, la facilitan ayudando a su fluidez, como si las notas se hubiesen contagiado de la fluidez del texto original de Leopardi.

Comentaré brevemente cada uno de estos tres elementos del aparato de mediación cultural de la edición.

2. En primer lugar, evidentemente, la traducción, que se enfrentaba a dificultades varias tanto a causa del texto de partida como a causa de las condiciones del texto de llegada que se quería producir. Sobre la obra de partida, el profesor Patat es muy consciente de las dificultades lingüísticas que supone. En la introducción señala: «dada la gran experimentación y exploración estilística del autor del libro, se ha querido dar cuenta de la marcada oscilación de tonos y registros lingüísticos, con la intención de conversación toda vez que fuera posible» (p. xliii). En efecto, es sabido que Leopardi realiza en esta obra una indagación estilística que lo lleva a utilizar una gran variación tonal (de registro lingüístico) y léxica, que recorre lo satírico e irónico, lo filosófico, lo fabulístico, lo poético. Por ello encontramos una gran variedad de tipología textual: narración y argumentación, exposición y descripción, diálogo, etc. Y todo ello ensamblado por medio de los recursos de la retórica, que Leopardi –y, siguiéndolo, Alejandro Patat– conoce en grado sumo. Patat trabaja sistemáticamente en tres niveles con extremado acierto. Pondremos solo algunos ejemplos esporádicos de cada uno para no extendernos demasiado:

–El registro lingüístico, con las armas de una coloquialidad siempre literaria y estándar: véanse el comienzo del «Diálogo de Federico Ruysch y sus momias» (p. 147), el diálogo entre La Última Hora y Copérnico, en la escena tercera de

«Copérnico» (p. 238), el comienzo del «Diálogo de un vendedor de almanques y un transeúnte» (p. 268), o, en otro sentido, el tono poético del «Elogio de los pájaros» (pp. 192-202) o del final del «Diálogo de Cristóbal Colón y Pedro Gutiérrez» (pp. 188-191);

–La variación léxica: véanse, por ejemplo, la atención a los dos sentidos del adjetivo *peregrino* (que traduce el italiano *pellegrino*, clave en la poética leopardiana, como agudamente señala la nota 31, en la p. 21); a la «variedad de registros de la palabra hablada» que denotan términos como *conversare*, *favellare*, *ragionando*, *diceria*, traducidos respectivamente con *conversar*, *charlar*, *platicando*, *arenga* «entendido como discurso construido con el fin de convencer al otro» (nota 198, p. 98); a la precisión filosófica de términos como *ánimo* (p. 199, nota 340), *leticia* (p. 205), *proveída* (p. 206); etc;

–La fluidez y flexibilidad sintáctica, con especial acierto en la puntuación, que, como se sabe, es una de las mayores dificultades a la hora de traducir prosa italiana al castellano: por ejemplo, la reproducción de la prosa poética de los libros religiosos en el «Cántico del gallo silvestre» (ver nota 344), el mantenimiento del anacoluto de la p. 85, explicado en nota 172 («Leopardi persiguió en los Opúsculos una oralidad auténtica, que diese cuenta del intercambio de ideas, pero también de la urgencia del decir»); etc.

Las dificultades impuestas por el texto de llegada y sus condiciones pragmáticas estribaban básicamente en el intento de escribir en un español koiné, panhispanoamericano, que se pueda leer sin extrañeza desde México hasta España. Alejandro Patat ha sabido hacer de la necesidad virtud porque gracias a ello ha sabido captar algo que creo que es también una característica del texto de Leopardi: el hecho de estar escrito en una lengua “otra”, distante a la cotidianidad-oralidad del autor, y por tanto una lengua “consciente”, “construida” y más “libre”, en la que se indaga con lucidez y atrevimiento: una traducción osada, valiente, para un texto osado, arriesgado, pero que, al mismo tiempo, alcanza la naturalidad, el equilibrio, los matices y riquezas del original.

3. La introducción es un estupendo ejemplo de “lo que hay que saber” de Leopardi y las *Operette*, pero no por ello deja de tener una perspectiva personal, una línea expositiva que muestra que el autor tiene perfectamente asumida y asimilada la materia que expone, y que la ha hecho suya vitalmente. Un ejemplo significativo se da cuando Patat utiliza su conocimiento de la filosofía de Giorgio Agambem, y su conocimiento personal del filósofo, para polemizar con la distinción realizada por Cesare Galimberti de una *pars destruens* y una *pars construens* en las *Operette*. Patat, en cambio, concluye: «Erradicación y conquista son dos procedimientos simultáneos y no sucesivos» (p. xxix). La introducción tiene una estructura clara que permite una síntesis ajustada y panorámica, que consta de tres partes: a) génesis, gestación y evolución editorial de la obra (pp. vii-xx); b) sistema leopardiano de pensamiento: principales ideas y sus implicaciones historiográficas y culturales (pp. xxi-xxxv); c) la cuestión lingüística y estilística (pp. xxxvi-xl).

Para dar una mejor idea de la calidad de la introducción, nos gustaría citar una parte de su pasaje conclusivo: «En conclusión, Leopardi funda en el mismo siglo de Kant un nuevo lenguaje poético-filosófico, que Nietzsche le reconocerá plenamente como moral práctica, basado en la búsqueda de un estilo que no

renuncie ni a la imaginación lírica ni a la fuerza exploradora de la reflexión. Lo sorprendente de su prosa es que sus palabras, vagas u osadas, son como pociones envenenadas ofrecidas al lector: un pensamiento lúcido y negativo servido en un juego de mesa profundamente bello, que conmueve hasta lo íntimo» (p. xl).

En resumidas cuentas, el autor ha realizado una excelente operación de *mellificatio*, por decirlo con una noción petrarquesca, que pone en obra esa capacidad de las abejas y de los grandes estudiosos para, tras recoger el polen de multitud de flores y plantas, transmutarlo en un *sermo* (una miel) propio que hace de la nueva exposición algo que, sin dejar de ser fiel a las ideas recibidas, las ha convertido en algo nuevo y provechoso.

4. Las notas de esta edición son, a mi parecer, uno de los mejores ejemplos que he visto de ayuda a la lectura sin entorpecerla ni hacerla prolija, sino ayudando a comprender a) el texto en su conjunto, como un “tejido” bien entrelazado y cohesionado, con sus reenvíos, ecos y correspondencias; b) la profundidad y complejidad de sus nociones principales y el sistema de pensamiento amplio que componen; c) la inserción de esas nociones y ese sistema en su ambiente cultural y filosófico; d) las referencias culturales necesarias para entender citas, alusiones e ironías, sin caer en prolijos ejemplos de fuentes ajenas al horizonte cultural del lector; e) las implicaciones estilísticas que fundamentan algunas selecciones léxicas o sintácticas.

Las he clasificado, sin pretensión alguna de exhaustividad, de la siguiente manera:

Notas conceptuales, que aclaran conceptos filosóficos y los sitúan en el pensamiento de Leopardi: por ejemplo sobre el amor sentimental (p. 20), o sobre paralelismos con el Zibaldone (pp. 33, 147, 188, 191, 199, 207, 275, 362, etc.)

Notas historiográficas, que aclaran implicaciones culturales o filosóficas: pp. 25, 29, 31, 145, 272, 274, 276, 278, etc.

Notas estilísticas, que aclaran connotaciones y códigos del texto: pp. 25, 145, 192, 195, 203, etc.

Notas estructurales, que aclaran el tejido implícito de la obra: p. 100, 274, etc.

5. Espero haber dado cuenta someramente de la riqueza y las virtudes de esta magnífica edición. Para mí, hay una palabra que las resume muy bien: equilibrio. Es una edición extraordinariamente bien equilibrada, donde nada falta y nada sobra, instrumento muy adecuado para acceder al pensamiento, a la cultura y al estilo de Leopardi.

Querría terminar esta reseña con una última reflexión que me ha ido acuciando a medida que leía la obra. ¿Qué interés –más allá del propiamente cultural e histórico– puede tener la filosofía de Leopardi para un lector actual? ¿Es hoy en día “moralmente provechosa”, por decirlo en términos de la época del autor? Debo confesar que la pregunta nace de la irritación instintiva que me iba produciendo el pesimismo leopardiano, su canto sin esperanza a la nada y a la muerte, su visión negativa de la naturaleza humana y la visión antieudaimonística del universo, donde la felicidad se ha convertido en una ilusión absurda que solo produce malestar. Me preguntaba: ¿tiene algún sentido esto en un mundo como el actual en el que necesitamos imperiosamente resurgir de las cenizas del individualismo y construir pueblo, esperanza, sentido de la justicia y la utopía, un mundo en el que no podemos permitirnos el lujo de caer en la depresión, lamernos las heridas,

mirarnos en el espejo, por oscuro y deformante que sea? Y a medida que avanzaba en la obra iba comprendiendo –gracias sin duda al enorme y acertado trabajo de mediación cultural de Alejandro Patat– que las reflexiones leopardianas son un paso previo, probablemente imprescindible pero en todo caso saludable, para la construcción de un mundo social nuevo y más justo. Como escribió Gramsci: «In Leopardi si trova, in forma estremamente drammatica, la crisi di transizione verso l'uomo moderno; l'abbandono critico delle vecchie concezioni trascendentali, senza che ancora si sia trovato un ubi consistam morale e intellettuale nuovo che dia la stessa certezza di ciò che si è abbandonato» (carta a Iulca del 5 de septiembre de 1932). Obsérvese que, si eliminamos los sintagmas «transizione verso» y «ancora», la frase gramsciana define perfectamente nuestra situación actual de crisis postmoderna. En ella, Leopardi, como digo, nos proporciona enseñanzas fundamentales: ante todo, la desconfianza ante el mito del progreso, la certeza de que el progreso material no va unido al progreso ético (y por lo tanto, añadimos, político); la intuición de que la Verdad –y por tanto, la Razón– es, en verdad, un fantasma ideológico que nos hace movernos en la bruma de falsas aspiraciones y objetivos engañosos; y, unido indefectiblemente a ello, el ejemplo de una actitud intelectual feroz, radicalmente crítica y rebelde, que se niega a llegar a pactos pacificadores con una realidad absurda e hipócrita, a la que enfrenta con la sátira y con el análisis filosófico, pero por la cual, al mismo tiempo, se deja conmover, permitiendo entrever una cercanía a los seres posibles, que no necesitan de ningún absoluto *a priori*, salvo su existencia material, para mostrar una perfección enteramente contingente, es decir, hondamente poética. Creemos que solamente desde este existencial amor al mundo, que sobrevive como la brasa en la ceniza dentro del pesimismo filosófico leopardiano, podemos –renaciendo cual ave fénix– construir una nueva utopía que, aunque probablemente despertara de nuevo los sarcasmos del reanatese, nos permita seguir caminando hacia el horizonte. Son reflexiones, enseñanzas, a las que podemos acceder gracias al excelente trabajo de edición de Alejandro Patat.

Juan Varela-Portas Orduña
Universidad Complutense de Madrid
jivarelportas@filol.ucm.es